

dos secretos á espaldas del ministerio y del Parlamento, siendo por todo esto los autores de la invasión y de la guerra.

El día, en que Brissot denuncia la misteriosa dirección del movimiento reaccionario con el apodo del comité austriaco, es el día, en que madama Rolland conspira con mayor empeño contra la institución monárquica, muy abominable para ella, y contra los reyes franceses, muy abominados de ella. Esta delación hecha por un hombre tan reflexivo como Brissot cara á cara y frente á frente de la monarquía, demuestra que la conspiración gironina, inevitable de suyo, comenzaba con empeño grande, impuesta por la musa de todas estas conjuraciones, impuestas por madama Rolland. Sucede mucho en los primeros republicanos en Francia de lo que sucedía con los últimos republicanos en Roma. Como nunca hubiera entrado en un gobierno monárquico Roland para destrozar la monarquía sin el consejo de su mujer, nunca se hubiera urdido la conjuración patricia contra el imperio naciente sin el consejo de la mujer del que debía dirigirla, determinarla, impelerla. Imposible cansarse de mostrar las analogías existentes entre ambas mujeres, aunque las separen veinte siglos. Seguramente Bruto no se decide sin Porcia. Conociendo ésta los resortes que más podía mover una voluntad, tan inerte como la voluntad de su esposo, dirigía con sus consejos la conjuración, hablando uno por uno á los conspiradores. El nudo más fuerte y más apretado entre la persona del dictador y la persona del marido era el cariño del viejo al joven y la gratitud del joven al viejo. Porcia mató esta gratitud en Bruto mostrándole cuántos deberes mayores tenía con Roma, de quien recibiera la libertad. Cuando trataba de la patria no había sentimiento ni afecto capaces de superar al patriotismo. Y la patria desaparecía envilecida y esclavaba bajo aquel cesarismo enorme, que destronara desde sus dioses hasta sus tribunas y sólo entronizó á un hombre. Aquejábale á Bruto una propensión irremediable á la vanidad y á la ufanía. De tal vicio se aprovecharon sus cofrades y colegas para moverle. Porcia, que lo conociera como nadie, deslizaba consejo tras consejo, cuya práctica pudiese agujonear su voluntad. El nombre glorioso recordatorio de la República y su fundación le hostigaba más que ningún otro empuje. Sabiéndolo sus amigos, menudeaban las inscripciones y los reclamos. Un día se vió al pie de la estatua del primer Bruto esta pregunta: «¿Cómo no resucitas?» Otro día entregáronle un billete conteniendo estas palabras: «Bruto, duermes, porque no eres Bruto.» Estas reconvenciones uníanse con una evocación constante á la sombra del mártir de Utica tan amado por su familia y una repetición continua del mágico nombre de la libertad que tanto cautivaba los corazones y los oídos de todos los republicanos. Así le fueron siguiendo los más acreditados y los más antiguos. Por un Favonio que le rehusara su apoyo, fundado en que prefería reconocer un dueño á reanimar las guerras civiles, existían muchos Ligarios, los cuales tocados de mortal enfermedad por la muerte de su república, revivían y sanaban en cuanto notaban que Bruto ponía su nombre y su autoridad en una conspiración urdida contra el

tirano. Pocas veces un proyecto político ha contado con tantos medios como aquel en que Casio y Bruto se propusieron sojuzgar á una tan enorme fuerza cual esta fuerza del hado.

El sobrino de Catón habitaba los jardines llamados por el nombre de su madre servilios y extendidos en la colina de los plebeyos, por donde iba errante la sombra del antiguo expulsor de los tarquinos, y donde ardía viva la llama de los sacros principios, á cuya luz y á cuyo calor las libertades todas resplandecieron en Roma y se derramaron por el viejo mundo. Llenó el jardín de armoniosas estatuas griegas, cortado por museos y por bibliotecas donde se guardaban ejemplares de las obras que más honraran las artes y las ciencias: algunas veces Bruto y Porcia, dados á estudiar continuamente y de consuno en la natural confusión de sus almas, entreveían la sombra de César, ora llegando á una visita, ora volviendo; y lo maldecían, no sólo por el despotismo impuesto á la patria, por el deshonor infligido á la familia. Esta casa verdaderamente patricia, estos jardines por donde zumbaban como abejas las ideas epicúreas, esta frecuentación del ya viejo César, si no servían mucho á la honra de quienes habitaban todos aquellos sitios, servían mucho á proteger la conspiración, imposible para el vulgo allí donde residía gran parte del tiempo un tirano tan astuto é inteligente y precavido. Pues de tales conspiraciones era Porcia como el alma verdadera. Su culto á Catón, su valor mostrado en tantas ocasiones ya dichas, el silencio y la reserva tan habituales en ella, las heridas abiertas por su propia mano y soportadas con resignación de mártir, el estoicismo ingénito en su espíritu y aumentado por sus estudios, todo esto le daba participación legítima natural en tan vasto y tan terrible proyecto. Pensóse mucho en el sitio donde habían de acabar con el dictador. El primero que se apareció á su vista fué la llanura denominada Campo de Marte. Uno de aquellos días estaba designado á la convocación de los comicios por centurias desde la puente llamada Septa. Por una vieja locución romana, decíanse arrojados del puente los destituidos del voto. Así los conjurados podían guiñarse con facilidad el ojo y decir con sarcasmo que iban á echar del puente á César para decir que iban á matarlo. Otros proponían que se le inmolara en la vía Sacra, por donde necesariamente pasaba, si había de salir del sitio habitado, tanto por su persona como por su familia, y conocido con el nombre de Regia. A otros les parecía mejor el teatro principal de aquellos días, el teatro Pompeyo, donde acababa su ambición de rebajar los caballeros, sacando uno á la escena y de herir á Roma disponiendo hablar allí todas las lenguas bárbaras. Temieron, sin embargo, que se hallara en el teatro César protegido por muchos partidarios; y entonces la conjura, presidida por el austero espíritu de Porcia, pensó en sitio donde sólo hubiera enemigos de César, y escogió el Senado, que no se cansaba ni de adularle ni de aborrecerle. El salón de sesiones, el amado Curia, desapareció, consumido por voraz incendio, en los funerales de Clodio. Así reuníase con frecuencia el Senado en algún vasto templo. Mas no querían los conspiradores perpetrar en los templos el crimen á causa de que la sangre los desconsagraba, y el



pueblo, supersticioso de suyo, podía no perdonarles, aquella profanación. El 15 de Marzo era un día de fiesta pública y popular en Roma, razón por la cual había representación dramática y juego de gladiadores en el teatro, reuniéndose la tradicional Asamblea en curia construída para este fin por Pompeyo y llamada Exedro. Era la festividad secular de Perenna, muy frecuentada por los plebeyos, pues en ella conmemoró la tradición el nombre y el recuerdo sacro de una diosa latina, que llevaba suculentísimos alimentos á la clase plebeya en su célebre abstención originada por el deseo de traer ampliaciones á su libertad y nombrar sus tribunales. Tal fué, según comprueban todas las historias, el sitio elegido para la representación de aquella terrible tragedia.

No faltaron los presagios á César. Éste pertenecía de suyo á los incrédulos. Pontífice de la religión romana, reíase con frecuencia de los dioses y de los dogmas en que los dioses se alzaban. Al dar la batalla de Munda, los auspicios consultados le resultaban desfavorables. Y como le dijera el sacrificador que no tenían corazones las víctimas inmoladas, respondió: «ya lo tendrán cuando á mí se me antoje.» Pero la superstición arraigada se compadece mucho con la incredulidad sistemática. César, en su triunfo, subió de rodillas, y á empellones, la marmórea escalera del Capitolio, para conjurar la cólera de Némesis. El día que, desembarcando en Africa, tropezó y cayó, supo extender sus brazos en aquella tierra y dijo: «ya me perteneces.» Al pasar el Rubicón tembló ante las divinidades que lo guarecían, y al ir contra Útica se llevó un hombre de buen agüero para contrastar otro muy célebre de la misma condición y fama que había en el campo de los catonianos. No debe maravillarnos todo esto, dado el culto de los latinos á las advertencias encerradas en los presagios. Cuando los galos incendiaron la Ciudad Eterna, deliberando los senadores sobre su reconstrucción, estuvieron á punto de ponerla en Veyas, mas la presencia de un abanderado que alzó en el antiguo sitio sus señas, como fuese inesperada y súbita, decidió la reinstalación, mejor dicho, la refundición del mayor imperio antiguo que han conocido las historias. Panlo combatió con seguridad á Perseo, por que, recibiendo la orden de marchar contra este rey, llegado á su casa para despedirse de su hija Tercia, encontróse con que acababa de morir una perrita llamada Persa. Cecilia mujer de Metelo, cedió su puesto en el templo á una sobrina joven y núbil que tenía, deduciendo de tal cesión indecisa é involuntaria que debía cederle también su tálamo nupcial, como, en efecto, sucedió, muerta en aquel mes ella y viudo su esposo. Porque llegado á Minturno, huyendo rápidamente de Syla, vió Mario un burro que triscaba en pos y busca del agua, ordenó le condujeran al mar, salvando así la vida. El primer edificio entrevisto por Pompeyo en su fuga tras Farsalia, sobre la isla de Pafos, llamábase palacio del mal Monarca, y en cuanto lo supo, se dió por abandonado y perdido. Calpurnia, la mujer última de César, fué advertida en sueños, y se interpuso, al salir su esposo, para que no se personase aquel día nefastísimo en el Senado. Estaba resuelto César. Había dado terminante orden de que la sesión

senatorial acabara sin aguardarle, y por haberlo dicho su general Décimo cuánto perdía con mostrar aquella insana debilidad, retiró la orden, y salió de su casa tan sereno como nunca lo había estado. Varios, advertidos por misteriosos presentimientos ó presagios, le gritaban que no se fiara del 15 de Marzo. Hallábase de relámpagos muy súbitos en el cielo muy claro, de truenos retumbando en la tierra muy conmovida. Algunas gentes habían visto aves nocturnas, tenidas por fúnebres, atravesando el horizonte clarísimo en busca del sitio que habitaba César. Calpurnia soñó en pesadillas terribles con que lo tenía degollado entre sus brazos. Los corceles en que atravesó las aguas del Rubicón, abandonados á unas praderas escogidas, por el deseo de recompensarles servicios involuntarios é institutivos, ayunaban y lloraban como si fuesen personas. Los adivinos le comunicaron mil presagios. Un observador le pidió que desconfiase de Bruto, respondiendo él que ya esperaba Bruto la conclusión muy natural de su viejo y debilitado cuerpo. Aún estaba cerca de su hogar, al salir de su seno por vez última, cuando un esclavo entró en él y le dijo á Calpurnia que le permitiese aguardar allí, pues debía revelar sucesos de transcendencia grave á su marido. Artémiles, mujer que traducía oralmente y enseñaba en las escuelas romanas el arte y el pensamiento helénicos, mandó avisos no escuchados. ¿Qué más? En el camino, desde su domicilio al Senado, recibió muchas cartas, que le revelaban así la conjuración como el nombre de los conjurados, y las entregó á sus compañeros y á sus secretarios con descuido sin haber leído una sola por mera curiosidad.

Los conspiradores pasaron más angustias todavía que César. La estoica Porcia, no obstante su reserva y su dominio sobre sí misma, soltó los dominados nervios y las estancadas lágrimas. Mientras Bruto almorzaba con ella, ó se vistiera tras el baño para salir de casa en el terrible designado momento, Porcia le ayudaba con singular esfuerzo, aparentando completa y soberana serenidad. Mas así que Bruto dejó el hogar, perdiéndose bajo los árboles del jardín, para dirigirse á su tribunal, donde había de pronunciar sentencias como buen pretor, cayó Porcia desmayada en el suelo, como herida por un rayo. Aquella su inquietud pudo perderlo todo. Y, sin embargo, no se dominaba lo bastante á sí para enseñorearse de ella con verdadero señorío y conjurarla. Tras un desmayo venía otro desmayo; tras un desorden de los nervios otro desorden de los nervios; tras un sollozo de amargura indecible, otro mayor; porque sobre su estoicismo, sobre su fe republicana, sobre su tradición familiar, sobre su culto al padre delicado ya en el corazón y en la conciencia, levantábase imperiosa la imprescriptible naturaleza de mujer, imponiéndose con todas sus incontrastables imposiciones. Y cuenta que los conjurados llevaron el disimulo y el silencio á donde acostumbraban las más expertas gentes en achaques de conjuraciones políticas. El causante y motor de la conjuración, Casio, se fué á la debida hora con toda tranquilidad é indiferencia desde su hogar al templo, donde celebraban sus deudos solemnes ceremonias de adopción. Bruto, por su parte, acudió al tribunal, dando sentencias, como



si nada hubiera de suceder en Roma. El acto de fiesta en la familia de Casio no pudo servirle para cohonestar la gente armada que le seguía en su camino hasta el teatro de Pompeyo. No iban los senadores, á consecuencia de leyes muy rigurosas contra el uso de armas en las Asambleas, no iban prevenidos ni armados en apariencia y á la vista. Mas todos escondían agudísimas dagas entre los pliegues de sus senatoriales togas. El anhelo se pintaba en sus rostros, el resuello de la inquietud hervía en sus pechos. A cada minuto volvíase amarillo el uno, blanco el otro, y dicen que Casio hasta verde. Un ciudadano se rozó con Casca, y poniéndole sus labios en la oreja dijole misteriosamente: «lo sé todo.» Casca se desconcertó y no supo qué hacer en aquel momento, sino preguntarle quién se lo había dicho. «Bruto», le respondió el interlocutor. Y cuando Casca se desvanecía casi á la sorpresa, el pobre hombre le hablaba de sus pretensiones y de sus cohechos en la candidatura para el edilato. Si el interrogante no se apresura con tal rapidez á revelar la materia de sus interrogaciones, Casca le dice aturdido y fuera de sí todo el proyecto. Un senador llamado Popilio Lena, se acerca precipitadamente á los dos conjurados. Ya junto á ellos les coge de los brazos con verdadero asombro, y, al tenerles así cogidos, les dice cómo acababa de ofrecer á los dioses un voto para que prosperaran su proyecto claramente conocido. Los dos hubiéranse retirado á tal revelación, de haberla podido comunicar con sus colegas dispersos en varios amontonados grupos. Para mayor desgracia, un esclavo anuncia que Porcia se muere presa de nerviosos ataques y de continuos desmayos, parecidos á las agonías precursoras de la muerte próxima. En esto, cuando vacilaba Bruto, sobre si debía partirse ó no en auxilio de Porcia, por los intercolumnios del vestíbulo aparece rodeado de sus gentes, César. El destino había dado su decreto. Ninguno de los conspiradores podía ya retroceder. Rodaban por el suelo marmóreo los dados, en los cuales habían puesto ellos honra, suerte y vida. Por esos efluvios que las almas despiden, los cuales, penetrados de suyo, arriban á otras almas, y las envuelven ó las arrastran, en aquel concurso reinaba un especialísimo fenómeno moral poco estudiado y muy parecido al silencio y al reposo del mar antes de la tempestad.

El camino que siguiera César desde su palacio pontifical á la Curia, es hoy tan conocido como cualquier calle del París contemporáneo. Los viajeros menos eruditos en cosas de Roma, suelen, conducidos por guías industriosos é industriados, recorrerlo con frecuencia. Entró en el foro por su arco de Fabio; pasó ante la fábrica del templo de Cástor; dió una vuelta delante de la cumbre meridional del Capitolio, donde se alzaba la Ciudadela; encontró á su izquierda el templo de la Buena Fortuna, donde volcara su carro de marfil y oro en la noche de su espléndido triunfo; y salió por la Puerta Carmentale; media hora en litera, media hora cumplida. No penetró en el recinto sin ofrecer un sacrificio. Los agoreros cuentan que las víctimas no tenían corazón, como pasara otra vez antes de Munda. Impacientado el dictador, y no queriendo probar la paciencia de los senadores, entróse





Un-Felipe G. Rojas Madrid

MUERTE DE JULIO CÉSAR